

Enrique Villagrasa, poeta necesario

Albert Torés García

Enrique Villagrasa
La poesía sabe esperar
 Prólogo de Nacho Escuin,
 Editorial Igitur/Poesía, Valencia, 2019.

Con este título tan preciso como sugerente, el poeta turolense Enrique Villagrasa supera ya la veintena de poemarios publicados, desde que se iniciara en 1983 con *Arpeggios* en aquella magnífica editorial de Víctor Pozanco, Biblioteca Atlántida hasta su más reciente libro *Queda tu sombra*, Editorial Huerga&Fierro, 2019 pasando por la Editorial Corona del Sur del poeta Francisco Peralto con *De invierno y noche*, *Post-Scriptum*, *De ceniza mis días*, o coincidiendo con un servidor en la Editorial Devenir, *Memoria impenitente*, 1996 y *Odas a la deriva* 1988, solo por citar algunos títulos. Este nuevo poemario con un prólogo tan relevante como oportuno de Nacho Escuin y bajo el esmero de una prestigiosa colección de poesía, posiblemente sea el que revista un tono más personal, si se quiere de madurez, intensidad y vitalismo, donde el poeta reflexiona sobre el lenguaje poético, sobre sus espacios y dominios y desde luego concibiendo la poesía no solo como una referencia de primera magnitud sino lisa y llanamente como el sustento que da sentido al existir, como ese hacer camino al andar o al poetizar que bien podría significar lo mismo.

Desde luego, la obra poética de Enrique Villagrasa ocupa un lugar de honor en la reciente historia de la poesía española, con una particularidad muy significativa, pues siendo un reconocido crítico literario, indispensable teórico de la poesía, con valentía, rigor y método ha marcado en la práctica una voz poética reconocible y necesaria. Sin duda, el espacio de la poesía ha representado para Enrique Villagrasa una forma de conocimiento, un lugar donde establecer el diálogo con otras voces. En este volumen, un nombre tan determinante como Ricardo Cano Gaviria no solo por su actividad al frente de la revista Hispanoamericana *Hora de Poesía* sino por su narrativa moderna, precisa y clara con la que conecta nuestro poeta. Camillo Sbarbaro, un poeta de primera magnitud, ciertamente desconocido en nuestro país, se rescata precisamente a través de las ediciones Igitur, más concretamente por Rosa Lentini y Ricardo Cano. Un poeta que planteaba la poesía con vocación de prosa, con un lenguaje directo para armar todo un soliloquio dramático consigo mismo, un aspecto que a todas luces no pasa desapercibido para nuestro poeta Enrique Villagrasa. Se fijará en la cercanía de lo cotidiano en la poesía de Isabel Bono o en la fantasía, entusiasmo y multidisciplinariedad de Francisco Peralto. De un poeta *rara avis* y por ello imprescindible como Ricardo Aurteneche, le interesa el modo en que mima la palabra, esa capacidad de trabajo que le permite lograr un poema tan armado como apasionado. Por supuesto, los encuentros con la poesía profunda, moderna y simbólica de Rosalía de Castro o la poesía intimista, simbolista, romántica, pero en todo caso profundamente humana de Machado sin olvidar la referencia más genuina de Quevedo. La mirada poética dialogante de Villagrasa precisa igualmente de un lugar para la reflexión. Es verdad que ciudades como Barcelona, Tarragona entre otras tendrán una presencia

relevante, pero, será sobre todo la comarca de Jiloca y, en concreto, su natal Burbáguena su preciado *locus amoenus*. Un paisaje para su apasionada defensa de la naturaleza, pero también para el silencio y el verso callado, la memoria y el deseo, alicientes estructurales de la propia poesía. Un paisaje para la infancia y la lectura porque “*la auténtica naturaleza de todo suele estar/oculta. La mirada se pierde en el límite infinito*”. Un paisaje para la verdad como oscura prisión, para otorgar capacidad crítica a la belleza, para tensar la cuerda del arco en flechas de confesión, secreto, ocultamiento, quizá porque el fuego es creador y destructivo: “*El fuego posibilita todas las transformaciones*”, nos escribe en el cuarto poema de la parte titulada “Si hay dolor hay vida, dicen”. Por supuesto que habrá ironía ante la cotidianidad diaria y el devenir de los días. Una ironía que inserta desde ese mismo título y con cita de Quevedo que se verá reforzada por el *fuel-oil* de las aguas del puerto, la *black berry* para llamada al despertar o los desgobiernos que se afianzan. Una ironía que traspasa la esfera de lo cotidiano para invadir con ello la tragedia, la historia con mayúsculas (¡*Eurípides, no me Sófocles que te Esquilo!*), todas las crueldades de la guerra, la ironía crítica y existencial y las trilogías de sufrimiento humano caben en un juego de palabras. Una ironía que alcanza grado supremo con la desesperanza y la oración: “*Ante ti, y de rodillas y con los brazos/ abiertos te pido cruzar esta vida de cantos/ rodados de pie, para que de pie nos acojas, / con tus amorosas llamas siempre extendidas*. Ese concepto de “cruces” será muy significativo, porque conforma además la vertebración de sus composiciones. Nacho Escuin lo expresa a la perfección en el prólogo: “También hay mucho de poesía última, un acercamiento a la poesía trascendental y la más realista, hay romanticismo empedernido y un poquito de silencio...Hay teoría literaria aplicada y hay un rechazo a las poéticas del poder...Hay provocación y endiablados dobles sentidos”. En efecto, retruécanos, quiasmos o repeticiones taxativas entre otras muchas figuras retóricas confieren al poemario un halo de precepto poético. La calidez y la gelidez, el hablar y el callar, el agua y el fuego, o si se quiere: “*Tu vida es la poesía. / Tu poesía es su vida, / naturaleza inconcebible: muerte*”. Bien podría ser una declaración de poesía y un proyecto de vida, acaso una declaración vital o un poético proyecto, “*la poesía como la vida es/ línea de luz crepuscular*” pero a la vez “*la materia oscura de la poesía en llamas*”, Siempre contamos con la riqueza expresiva y la profundidad de pensamiento en los textos de Villagrasa marcando surcos en lo que sería una poesía del desencuentro con una sucesión de interrogantes como en el poema “El sueño del poeta te nombra, olvido”. Con ese manejo de la antítesis responde a las preguntas tejiendo el mar Mediterráneo desde el balcón o recomponiendo el azar y el eco, la memoria y sus cuchilladas, pero sobre todo, la libertad y sus destellos. Sin embargo, el poeta Villagrasa asume la tradición como una inagotable fuente de inspiración. Por esta razón, inicia el libro con un magistral soneto donde se conjugan todos esos contrarios, donde la escritura es un oscuro pero libre camino de búsqueda y la palabra un sonoro y blanco límite cuya metáfora debe beber de la tierra para mirar al cielo. Un poemario que por encima de cualquiera otro publicado hasta el momento encierra la reflexión sobre el ejercicio poético, sobre la escritura, sobre la poesía y su relación con la vida, tal vez porque el concepto poético que tiene arraigado Villagrasa en su mente corresponde con una poesía que actúa como despertador de la conciencia, lo que, a la postre, supone decir que, gracias a ella, el recuerdo se actualiza y se reinterpreta a la luz de un presente esterilizante. *Con todo, el tema primordial de La poesía puede esperar no es otro que la propia poesía. Nacho Escuin afirma en el prólogo que «Hay tres ítems a mi juicio fundamentales en su poesía [la de Villagrasa]: la trascendencia, su infancia interrumpida y el amor a la poesía».*

La metáfora de Villagrasa guarda mucha relación con el concepto de obra inacabada, por ello *“el lector es siempre el que escribe/ el poema y su decir significado./ Tú te (re)inventas en los versos./ Tú te (des)cubres en sus palabras”*. Podríamos también pensar que la escritura es una forma de progresar en el autoconocimiento porque permite rescatar aquellos hechos resguardados en la memoria que, solapada o manifiestamente, han determinado el transcurso vital. Sería oportuno además porque ese rasgo de retorno a la infancia está muy presente y lo hace además con resonancias gongorinas: *“Con prados sigilosos, en la orilla/ de mi siempre Jiloca avanzo libre/, por lenta senda del ribazo oscuro/ beber en la fuente del regreso”* Desde luego, el concepto de obra inacabada hasta la intervención lectora pero también su desarrollo, de ahí la extraordinaria importancia de los signos de admiración y del paréntesis en este poemario que junto con las propias citas escogidas por el poeta Enrique Villagrasa se integran en el sentir de sus poemas. Un sentir que compartimos los lectores del poeta Villagrasa, *“la poesía es más que la vida:/ es la resurrección, toda sabiduría”*.